



EL NUEVO HELENISMO

Estudio sobre Walter Pater

Dedicando a Ricardo Rojas, uno de los más altos espíritus críticos de América.

Experimento ante el arte literario del pueblo inglés esa admiración que llevó a Hipólito Taine a escribir su clásica obra, monumento de ciencia, de belleza y de perspicacia crítica. Escogió esta literatura, el filósofo de Vonziers, porque encontró en ella una unidad, una armonía y una tradición que hacía más fácil el deducir las leyes de su desarrollo y los grandes momentos de su evolución.

La posición geográfica de Inglaterra, aislada del continente, ha dado a sus hijos un individualismo intenso, cuya primer consecuencia ha sido: originalidad, psicología y honda poesía del yo al traducir su alma en palabras selectas.

En lo pasado, ha sido la literatura inglesa un arte de poder, un baluarte contra la edad de improvisación y charlatanería en que vivimos sumergidos, por así decirlo, en toneladas de libros y revistas, sin otra finalidad que captarse una legión de lectores sin cultura, instrucción o sentido de la belleza literaria. La base de esta misión histórica de la literatura inglesa ha descansado en la virilidad de la raza teutónica y en

especial de su rama anglo-sajona, muy dada a razonar bajo la égida de la razón que mira paciente los dos lados de la cuestión sin apasionarse sobremanera por ninguno de los dos.

El artista inglés no se ha deleitado tanto en generalizaciones y abstracciones, alejadas de hechos desagradables; menos impaciente, menos dado a ir de un extremo a otro, menos inclinado a sacrificar sus placeres por un bien ulterior que su hermano del continente, produce una impresión de fuerza moral y de responsabilidad ideológica.

La crítica más alta ha reconocido a los poetas ingleses los más poéticos del mundo moderno, y basta nombrar a Shakespeare, Keats o Shelley para acallar toda controversia al respecto. Y sin pecar ni aserción de retórica o exagerada, creo a los prosistas ingleses los más notables por la claridad de su estilo, por la riqueza de su pensamiento y su hondísima influencia sobre el carácter y la voluntad de quienes los leen. La excentricidad, pongo por punto, del gran escritor inglés, le da una fuerza que vanamente encontramos en los de otras razas. Esa rebelión del yo, sin caer jamás en socialismo o anarquía, atrae poderosamente al lector. ¿Si como poetas son los de Albión los primeros, qué decir de ellos como satíricos y analizadores de la vida humana en el laberinto de sus complicaciones? Esta falta de complacencia, falsa en la mayor parte de los escritores por las ideas de su tiempo, hace difícil la difusión de esta admirable literatura, aún por la época de desorientación y pobreza intelectual por que atravesamos.

Tan potente mentalidad como la de H. G. Wells declara que todos sus libros son tentativas para modificar la vida actual; excitaciones al cambio. El autor de "El alimento de los dioses" es un reformador, un abogado del progreso colectivo de la humanidad. Edmond Gosse, el mejor crítico inglés actual, hace su

historia literaria sin seguir un sistema o una filosofía determinada. Es lo más opuesto a la sistematización. La espontaneidad de la impresión, a veces o casi siempre, adentra con más hondor el fondo permanente de las cosas que un criterio preconcebido.

Puede considerarse de una manera general el principio de la época contemporánea en nuestro estudio, a la que cierra la carrera poética de Alfredo Tennyson, en 1892, año de su muerte. Desaparecida esa magnífica y serena personalidad, ningún autor domina por completo el escenario literario. Aparecen aquí y acullá, espíritus de una sensibilidad nueva, de una audacia sin precedentes en el pensar y en el estilo. Es la época de los Walter Pater, de los Oscar Wilde, de los Shaw, de los Stevenson, de los Wells, de los Hardy, de los George Bernard Shaw, de los Pinero, Benet Galsworthy y una pléyade de novelistas notables.

De ellos vamos a entresacar, para ilustrar nuestra tesis del carácter de los contemporáneos, los más originales del grupo, aquellos que por el soberbio aislamiento en que vivieron la vida de su pensar y sentir, son así como las cumbres luminosas de una formidable cordillera.

Walter Pater se nos ofrece desde luego como un maestro de indiscutible relieve. La influencia renovadora de valores literarios iniciada por Francia con Flaubert, Teophile Gauthier y Paul de St. Victor, se nota al punto en este esteta poderoso. Educado en Oxford, rodeada de esa atmósfera de arcaísmo medioeval e imbuído como pocos del helenismo más puro, Pater aparece como un nuevo tipo de artista, todo entregado a su ensueño, a su meditación, a su nueva visión del mundo y de las cosas. La belleza pura, desinteresada, ajena a los clamores de la tierra y la vocinglería del público, es su religión. Sus libros son el ritual de ese nuevo culto casi desconocido hasta entonces en In-

glaterra. Escasa fué su reputación mientras vivió, pero creció sin medida cuando la generación que le siguió vió en sus métodos e inspiración un nuevo derrotero a seguir.

A la edad de catorce años fué enviado al King's College de Canterbury. En el ambiente clerical de la célebre ciudad arzobispal, henchida de gloriosos recuerdos religiosos, despertóse el alma de Pater a esa unción mística de su temperamento, que sobrevivirá a su fe de anglicano. Se impregnará de la clásica belleza de las ceremonias de la Iglesia Reformada, remedo simplificado de los católicos.

Veráse siempre perseguido de estas imágenes de los movimientos del culto. Así en "su escrupuloso idealismo, él se siente como un sacerdote, y que la consagración de sus días a la contemplación de lo que es hermoso sea una especie de culto religioso perenne".

Para él religión no es dogma, sino forma de arte, pues su consejo de perfección para los electos, es el cyrenaicismo — la adoración de lo bello — del cuerpo — de la belleza física. "Al perseguir este amor de la belleza, él reclama una entera libertad personal de corazón y de mente" — exclama a propósito de Mario, el héroe más parecido al ideal recóndito de su alma.

Nadie ha expuesto mejor, siendo un asceta, la doctrina epicúrea, el sano uso de los sentidos, su más noble y bella utilización. Partiendo o no de una religión positiva, debemos considerar a la dicha como al fin de la vida. ¿Cómo lograrla sin infligirnos dolor a nosotros mismos o a los demás?, es la eterna pregunta de la filosofía dirigida a nuestra vida. Siendo nuestros sentidos los caminos más cortos del saber, dedúcese que de su exquisitez por un lado y de su preservación en perfecto estado, por otro, resulta el equilibrio de nuestras facultades. Ello supone un gran contralor de sí mismo y he aquí que por un camino, a todas luces motejado cual abyecto sensualismo, llegamos a un

ascetismo muy parecido al cristiano. Heriberto Spencer y Guyau eran a su modo hedonistas o epicúreos, y quien lee la vida de estos dos filósofos siente deseos de equipararlos a los santos más humanos de las religiones con sanciones morales de ultratumba.

En donde expone Pater las reconditeces de su alma es en "Mario el epicúreo"; ahí desarrolla su evangelio. Pasó seis años de su vida en escribirlo y puede decirse,—algo que acaso a él, tan humilde y objetivo, hubiera parecido monstruoso,—hizo en ese libro su autobiografía. Un espíritu zahorí hale llamado con razón un pagano místico; la lectura de este libro de oro, lo confirma plenamente. Traza en él la historia de un alma atormentada de joven, solicitada por todas las cosas bellas. Mario es un ser a quien el destino ha dado con la activa y clara inteligencia, vivaz y precisa, algo para hacerlo felicísimo y por otra parte, lo priva de las fuentes fundamentales de la dicha. ¿Es correspondencia en el amor o en la amistad? ¿Es un ideal inasequible, para lo que tiende el arco de su anhelo? Jamás resuélvese el enigma. En poseyendo tantas pasiones, por exceso de ellas, el epicúreo mancebo, amanuense del rey filósofo Marco Aurelio, se queda sin ellas, se resigna a conquistar la serenidad del ánimo. No busca ahogar sus inquietudes filosóficas en las actividades sociales o en las luchas de la ambición.

De la religión de Numa tradicional en Roma, pasa al estudio de los filósofos griegos y de ahí,—eran los albores de la instalación del Cristianismo en Roma,—se detiene en un hogar cristiano donde puede admirar toda la fuerza paternal y de amor del nuevo credo. Nada puede tocarle definitivamente; todo resulta para él un espectáculo de arte. No hay más verdad que el propio sentimiento, que la propia sensación parece ser la definición de esta inquietud del espíritu, sólo serenado por la adquisición de la cultura, por la cultura misma. Su divisa puede ser la sutil

sentencia de Saint Beuve que prelude uno de sus libros: "Limitarse a conocer de cerca las bellas cosas y a nutrirse de ellas como exquisito *amateur*, como completo humanista". Siempre son las épocas del renacer entusiasta por el saber, las que le atraen para sus estudios: el Renacimiento francés, el itálico y el reinado de Marco Aurelio. En lo más íntimo de su alma siente que las antiguas civilizaciones tendían a la producción de individualidades de selección.

En su obra maestra, Pater describe el desarrollo intelectual de un joven guerrero romano, delicado, de alma exquisita en el sentir y curioso por llegar a un criterio moral de certidumbre. La primera parte relata la vida del niño en la vetusta villa romana, cerca del mar. Con una minuciosa erudición histórica y arqueológica, profundamente oculta con un arte sutil, pinta la vida apacible del hogar austero de la viuda y de su hijo.

El peculiar sentido religioso del joven, fervorosamente alimentado por las tradiciones de la eterna Roma, se intensifica con la visita que hace al templo de Esculapio para curarse de un mal infantil. El culto del gran médico procedía de la Hélada y estaba en la era de los Antoninos en el pináculo de su fama. La belleza rebuscada del lugar donde alzaba sus muros el templo y el colegio sacerdotal, la vida positiva y elevada de los ministrantes, el reposo, la sabiduría de los métodos, basados en la experiencia áurea de los siglos, todo ello produjo en el joven Mario algo así como la iniciación de las fuerzas intangibles del espíritu, llevóle a la presencia de lo oculto y misterioso de nuestra naturaleza. Al regresar, muere su madre, y él es conducido a un colegio de Pisa. Aquí conoce a la Amistad en la persona de Flavio, joven brillante, dado a la literatura del día, escéptico y marchitado su corazón a la pureza del amor. El recuerdo de esta camaradería fugaz le perseguiría toda la vida. Por ella se

ensanoha su corazón con un afecto irremplazable y su gusto literario se depura. La muerte del adorado compañero arroja a Mario a la especulación filosófica, de cuya magia ya no volverá a salir hasta que la muerte le alcance a él también.

Significando para él la extinción del cuerpo, igualmente la del alma, Mario se refugia en la escuela filosófica de Aristipo de Cirenaica. Tiende su idealidad a considerar el fin de la vida, no al placer, sino a la plenitud de la misma. Ello sería su misticismo secreto, su móvil más oculto del vivir.

Con este credo, vida activa, vida activa de estudio, sometida a una regla saludable, manteniendo por igual fuertes y claros el cuerpo y el alma, a los diez y nueve años se dirige a Roma, donde tiene propiedades y pasa a ser amanuense del Emperador.

Durante su viaje se encuentra por vez primera con un cristiano.

En la ciudad más religiosa del mundo observa ese cosmos múltiple donde vienen a exhibirse todas las ideas y a satisfacerse todas las pasiones.

Le vemos con el estoico emperador en sus momentos de intimidad, cuando libre del peso de su imperio complicado y turbulento, da libre curso a su verdadera vocación de filósofo; con una fidelidad perfecta, en frescos de Rafael por la gracia encantadora, pinta toda la magnificencia de las ceremonias de Roma, su agitación pasional, su desazón de alma. Y finalmente Cornelio lo introduce a una familia cristiana, cuya urbanidad, moderación y espíritu de sacrificio fascinan, por contraste al temperamento sensual, en el noble sentido del vocablo, de Mario. Después de algunas incidencias, estalla una epidemia terrible, que en su ignorancia, el pueblo atribuye a los cristianos. Es la acción de defender a su camarada, envuelto en un ataque contra los seguidores de la cruz, que cae en

fermo, y abandonado muere rodeado de los discípulos de la nueva revelación.

Y ahora, que os he hecho la síntesis de este libro sin par, ¿qué podré deciros de él que no tenga acento melódico? Parece esculto en la urna griega cuya belleza cantó Keats. Viví al leerlo el momento más estético de mi vida; ¿qué luz arrojó sobre mi propia vida interior, sobre los humores cambiantes que agitan veloces el océano del alma! Cuanto amé en el oscuro sendero, cuanto quiero en el blanco presente, está ahí. Este libro me conmueve como una oración: acariencia y serena. No abandoné jamás su lectura sin entrar en una de esas meditaciones de las cuales salimos más hondos, ricos y más vecinos a la inmortal realidad.

“Maño el Epicúreo” es la obra de un humanista, de un renaciente; encierra en sus dos volúmenes una suma extraordinaria de filosofía y de arte literario. Nada de lo exquisito y acabado del espíritu clásico ha escapado a la pluma de este escritor que, acaso más bien que escribir, cincela y pinta. Hase comparado su estilo con justo aprecio, al ópalo por sus iridiscentes luces y por su carácter bellamente kaleidoscópico. Tiene una sugestividad poética que deleita el oído como un andante de Beethoven. La prosa inglesa, ya tan rica, adquirió con él un nuevo aspecto, una modalidad de gracia seductora, hermosa y musical. No conozco libro cuya ejecución se avecine más a la perfección literaria. Es arte en música.

Agudamente sensible a las impresiones de belleza, Pater busca hacer su personalidad en otros tiempos, en edades de oro, de pasión y de cultura, de entusiasmo ardiente por las cosas del alma.

En su precioso libro: “Retratos imaginarios”, de un estilo sugerente y único en su contenido, vive en Denys l'Auxerois, el amador de los árboles, una bella leyenda medioeval, centro siempre de verdes prade-

ras y una catedral de suntuosa espiración; luego con Sebastián Storoh nos hace vivir en la industriosa Holanda, dividida entre el comercio y la alta especulación filosófica de Spinoza. Más allá aparece en un dietario pleno de ingenuo amor, la historia de Antonio Watteau, príncipe feliz entre los pintores de la corte. El retrato del duque Carlos de Rosenmold nos lleva a las cortes principescas del siglo diez y ocho de Alemania. En el estudio "Apolo en Picardía", celebrado como lo más puro de la inventiva fantástica de Pater, pinta la reencarnación de una deidad pagana en la persona de un monje. "Emerald Uthivart", otro retrato de la serie; comenta la vida del estudiante inglés superior y su característica: una gran integridad moral.

La novela histórica "Gastón Latour" se ocupa de la época de las luchas religiosas en Francia. Era una edad de grandes caracteres, de talentos superiores y así visitamos a Rousard y por su agencia al inolvidable Montaigne en su castillo de la Dordogne. Vivida es la descripción del gran humanista, cuyo espíritu crítico y agudeza de intuición ha de iluminar al genial Shakespeare.

Gemelo de "Mario el Epicúreo", por su extensión y unidad de intento, está "Ensayos sobre la historia del Renacimiento"; de una factura literaria perfecta tan atrayente por la doctrina como por la gracia retórica del estilo. Como representaciones acabadas de esos siglos de efervescencia creadora, de naïvete ideológica, de pujanza intelectual pasan "Aucassin y Nicolette", "Pico della Mirandola", "Sandro Boticelli", "Luca della Robia"; la poesía de Miguel Angel, Leonardo de Vinci, la escuela del Giorgione, Joaquin de Bella y como intérprete augusto de la Grecia rediviva: Winkelmann. La sola evocación estremece de gozo al espíritu y cómo expresar las emociones sentidas ante los arabescos de las frases, el ritmo de los

períodos, la poesía hondísima del conjunto? Sólo en su propio insustituible decir puede juzgársele: "todo arte", dice, "aspira constantemente a la naturaleza de la música"... y añade con aire triunfal: "la música y no la poesía, como se supone a menudo, es el verdadero tipo o medida del arte perfecto".

De todos estos ensayos, sin duda, es el más brillante el de Leonardo de Vinci: La figura del enigma, florentino, ora al servicio de César Borgia, ya en el de Ludovico Sforza, inicios tiranos; peregrinando de corte en corte y tentando cuanta cosa despierta la curiosidad, desde el volar hasta las leyes de la luz o las deformidades humanas.

Leonardo, con su singular belleza física, con su aureola de solitario misterioso, amigo de lo arcaico, con su influencia sobre una pléyade de jóvenes magnetizados por su genialidad, era bien el hombre de interesar a la fina penetración de su crítica.

Walter Pater, talento feliz, jamás se ocupó sino de aquello que pudo amar hondo y exquisitamente. De esta suerte, su crítica es poética, sugerente, íntima e imaginativa; no se ocupa de problemas de autenticidad o de controversia; acepta el criterio tradicional, amparándolo con su propio magnífico y personalísimo sentir. Su espíritu crítico supone al arte como a una de las más sagradas y trascendentes experiencias de la vida. La publicación de la "Renaissance" dió a Pater un sítil de maestro en la sociedad de los literatos y de los artistas. Vino a sustituir en parte a Ruskin y a los prerrafaelistas. Inició un movimiento más libre y amplio hacia la belleza ideal. Se alejaba del medioevo para aproximarse a los helenos, quienes son los que orillaron más el ideal de lo bello. Se ha podido quizá igualarlos durante el Renacer en Italia, por ejemplo, pero sobrepasarlos, jamás. Su obra permanece como fuente perpetua de inspiración y en-

señanza, porque la colocaron por encima de la época en que vivieron y por encima de las pasiones.

Prosista perfecto le llamaba Paul Bourget y nosotros, fuertemente convencidos de producir serenidad a la luz del alma, vemos en la vida de Pater, muy conforme a las más hermosas que él soñara, una imagen casi cabal del artista caballero. Cuando uno piensa en las ilusiones tentadoras de sus mundos ficticios, de su casi mórbida voluptuosidad de estela, se pasma uno ante la castidad de su espíritu, puesto bajo la advocación de la celosa Diana de Hipólito. Sentía con una fuerza sin par la reverencia, la unción efusiva con respeto a todo. Si fuera mi tarea indicar sendas o señalar ejemplos a la admiración de los jóvenes, indicaría a Pater; pero ello sería contar las aventuras de mi propia naturaleza amante de la contemplación, de la razón, la más pura posible, de la armonía y de la bondad. La vida para el maestro que amo, así como para mí, no es esa lucha, cuya victoria no alcanza sino a muy raros privilegiados, sino un ejercicio dialéctico para encontrar todo el encanto y toda la apremiante belleza de la misma.

ALBERTO NIN FRÍAS.